

Breve Historia de la Preparación Ministerial

Justo L. González



editorial clie

EDITORIAL CLIE
C/ Ferrocarril, 8
08232 VILADECAVALLS
(Barcelona) ESPAÑA
E-mail: libros@clie.es
<http://www.clie.es>



© 2012 por Justo L. González

Esta edición es publicada con autorización por contrato con la Editora Hagnos Ltda. avenida Jacinto Júlio, 27 Cep 04815-160, São Paulo, SP, Brasil con el título LA PREPARACIÓN MINISTERIAL AYER, HOY Y MAÑANA

© 2013 Editorial CLIE

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org <<http://www.cedro.org>>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

BREVE HISTORIA DE LA PREPARACIÓN MINISTERIAL

D.L.: B.21864-2012

ISBN: 978-84-8267-928-0

Clasifíquese: 310 - Historia de la Iglesia Contemporánea

CTC: 01-03-0310-14

Referencia: 224840

Contenido

1. Introducción	5
2. La iglesia antigua	13
3. El catecumenado	22
4. Desde Constantino hasta las invasiones germánicas	29
5. La romanización de los germanos	39
6. Las escuelas de principios del medioevo	46
7. Orígenes del escolasticismo	55
8. Las universidades y la escolástica	62
9. Los últimos siglos de la Edad Media	76
10. En busca de alternativas	86
11. La reforma protestante	94
12. La reforma católica	107
13. La escolástica protestante y el racionalismo	117
14. La reacción pietista	128
15. La educación teológica moderna	140
16. La educación teológica entre ayer y mañana	156

1

Introducción

No cabe duda de que la preparación ministerial está en crisis. De ello hay muchos indicios, pero bien vale la pena prestarles atención a algunos de ellos.

Entre católicos romanos, la crisis es urgente, sobre todo debido a la falta de vocaciones ministeriales. Hace unos años, me tocó hablar en la graduación de una de las principales escuelas teológicas católicas en los Estados Unidos. Los graduandos eran doce, de los cuales, por diversas razones, solamente ocho eran candidatos para la ordenación. Esa misma noche fue la graduación del programa para ministros laicos que esa escuela ofrece junto a la arquidiócesis donde está colocada. La graduación fue en la catedral, y el número de graduandos era tal que escasamente había lugar para sus parientes más allegados. El programa que aquellos graduandos habían seguido les había tomado varios años, e incluía varios cursos sobre teología, Biblia, historia, prácticas ministeriales, etc. Luego, el problema no es que no haya interés en los estudios ministeriales y teológicos. En este caso el problema es que, al tiempo que hay interés en el ministerio laico y en los estudios que puedan preparar para él, no hay interés en el ministerio ordenado. Esto le presenta al catolicismo romano un reto urgente que a su vez lleva a discusiones sobre el celibato eclesiástico, el sacerdocio de la mujer, etc. No me corresponde a mí ofrecer soluciones que no se me han pedido. Pero sí me atrevo a decir que, si la Iglesia Católica Romana no le halla solución a este problema, dentro de pocas décadas los sacerdotes ordenados tendrán tiempo solamente para decir misa, celebrar matrimonios y otras tareas semejantes, mientras será el laicado quien se ocupará del ministerio pastoral en sus dimensiones más personales. Y esto

a su vez agudizará la crisis, pues ya hay indicios de que una de las causas de la presente escasez de vocaciones sacerdotales es que las tareas a las que muchos sacerdotes tienen que dedicar buena parte de su tiempo distan mucho del trabajo pastoral en el sentido estricto. Son tareas administrativas y sacramentales que no despiertan la imaginación ni el entusiasmo de jóvenes que buscan una ocupación que les dé sentido a sus vidas.

Los indicios de la crisis entre protestantes son otros. Excepto en algunas denominaciones, la crisis no está en que no haya quienes escuchen el llamado al ministerio ordenado. La crisis está más bien en la falta de conexión entre ese llamado y buena parte de lo que se ofrece en términos de preparación para el ministerio. El caso resulta claro para la población latina en los Estados Unidos entre la cual me muevo más frecuentemente. En cualquier ciudad de mediano tamaño hay un centenar de iglesias evangélicas de habla hispana —y en algunas hay bastante más de mil. Pero al mismo tiempo, en todos los programas de maestría en seminarios acreditados del país no hay sino 1.223 estudiantes de origen latino —y esto contando a Puerto Rico y Canadá, y tanto a católicos como protestantes. Entre las iglesias que normalmente requieren estudios de seminario, casi todas se han visto en la necesidad de desarrollar rutas alternas para el ministerio ordenado. Así, por ejemplo, la Iglesia Metodista Unida, que aparte de la Bautista del Sur es la que tiene mayor número de seminaristas latinos o latinas, tiene también lo que llaman el “curso de estudios conferenciales”, y los pastores y pastoras que siguen ese curso son bastante más que los que siguen la ruta del seminario. La Iglesia Presbiteriana Unida normalmente no ordena a quienes no sean graduados de seminario; pero lo que han hecho para el caso de los latinos es proveerles lo que llaman un programa para “pastores laicos”. El resultado es que buena parte del ministerio latino dentro de la Iglesia Presbiteriana está en manos de estas personas, que funcionan plenamente como pastores y pastoras, pero no pueden llegar a la ordenación ni a ser miembros del presbiterio. (En este contexto, es justo mencionar que el programa no se originó para preparar pastores latinos, sino para líderes en iglesias rurales que no pueden cubrir los salarios mínimos de los pastores ordenados.)

Naturalmente, lo que acontece en las iglesias que en teoría requieren estudios de seminario para el ministerio pastoral se acentúa en las que no los requieren. Aunque la Iglesia Bautista del Sur tiene el mayor número de latinos entre los estudiantes de seminario, estos no son sino una pequeñísima fracción de quienes sirven en iglesias, cada uno de ellos con diferentes niveles de preparación ministerial —o sin ninguna preparación formal. Entre las denominaciones pentecostales, solamente las más grandes —como la Iglesia de Dios y las Asambleas de Dios— tienen seminarios, y a ellos acude una proporción ínfima de sus pastores y pastoras. Tanto dentro de esas denominaciones como en otras menores, y ciertamente entre el enorme número de iglesias independientes que surgen por todas partes, la preparación ministerial es bastante informal. Algunas de ellas tienen institutos bíblicos reconocidos y supervisados por la denominación misma. Pero la inmensa mayoría de los institutos bíblicos no tienen más supervisión que la de ellos mismos. Algunos son escuelas residenciales, con un currículo determinado, biblioteca y una lista formal de docentes. Pero muchos otros son programas establecidos y dirigidos por algún pastor en los que él mismo dicta la mayoría de los cursos, y es también quien determina qué cursos ha de ofrecer según su propia conveniencia e intereses. Esa es la educación ministerial que recibe la inmensa mayoría de los pastores y pastoras latinos en los Estados Unidos.

Lo que es cierto en el ámbito limitado de la comunidad latina en los Estados Unidos lo es más en América Latina misma. La explosión demográfica en la mayoría de las iglesias evangélicas latinoamericanas —particularmente entre las pentecostales— sobrepasa largamente los recursos de los seminarios establecidos. En muchos casos, los seminarios más tradicionales están en las capitales, y se les hace difícil a los candidatos asistir a ellos, con el resultado de que casi todas las denominaciones han desarrollado programas alternos para llegar al ministerio ordenado, al tiempo que otras han establecido numerosos seminarios en diversas regiones del país —aun a costa del nivel académico de tales seminarios.

Al mismo tiempo, escuchamos en América Latina lo que también se escucha en los Estados Unidos —y mucho más en Europa:

la queja de que los seminarios y escuelas de teología no parecen preparar adecuadamente a sus estudiantes para la práctica ministerial, y que frecuentemente quienes no tienen estudios de seminario son mejores pastores y pastoras que quienes sí los tienen. Sin darles toda la razón a quienes piensan de ese modo, hay que confesar que las denominaciones que más crecen no son las mismas que requieren estudios de seminario para el pastorado. Aun cuando el crecimiento numérico de la iglesia no ha de ser la única medida de juicio en cuanto a la efectividad de su ministerio, el hecho mismo de que las iglesias que más estudios requieren de sus pastores parecen ser también las que menos crecen parece indicar un desfase entre lo que se enseña en el seminario y lo que se practica en la iglesia. Y esto debería ser toque de alarma para la educación teológica tradicional.

A todo esto se suman nuevos elementos tecnológicos que, al tiempo que nos presentan nuevas alternativas en la preparación ministerial, retan nuestra pedagogía tradicional. Hasta hace poco, la mayor dificultad que teníamos en la preparación ministerial era la escasez de recursos disponibles para los estudiantes. Nos quejábamos de lo limitado de nuestras bibliotecas. Hoy, la mayor dificultad que tenemos es la inmensa cantidad de información — tanto información correcta y valiosa como falsa y tendenciosa— al alcance de los dedos de quien tenga una computadora y acceso a la red cibernética. Luego, se plantean preguntas urgentes tales como: ¿Cuál es el mejor uso que podemos darles a tales recursos? ¿Cómo enseñarles a nuestros estudiantes y pastores a juzgar críticamente lo que encuentran en la internet? Si buena parte de la educación ministerial consiste en la formación del carácter y de la espiritualidad, ¿será posible cumplir esas funciones a distancia, mediante contactos meramente cibernéticos? ¿Qué puede enseñarse a distancia, y qué no? ¿No será necesario desarrollar una teología crítica de las nuevas comunicaciones cibernéticas, y aplicarle esa teología a nuestra pedagogía?

Por otra parte, si la red cibernética nos presenta con la nueva dificultad de un exceso de información, tanto buena como no tan buena, ese exceso de información existe también en los recursos impresos. Cuando yo era estudiante de seminario, hace poco más

de medio siglo, la dificultad que teníamos era que no había en español libros de teología protestante. El mercado era escaso, y los costos de producción grandes. Luego, los pocos libros que había venían en su mayoría de casas publicadoras que recibían subsidios misioneros —casas tales como la CUPSA y El Faro en México y La Aurora en Argentina. Hoy, debido al crecimiento numérico en nuestras iglesias, el evangelio se ha vuelto negocio productivo. Por todas partes surgen nuevos programas de publicación. Puesto que lo que ahora llaman “*desktop publishing*” resulta fácil y relativamente económico, cualquiera puede publicar sus sermones, sus estudios bíblicos, y sus complicados cálculos acerca de cuándo vendrá el Señor. Luego, aunque en menor grado, el problema que hoy tenemos con los materiales impresos es paralelo al que tenemos con la red cibernética: un exceso de información, a veces buena, otras regular y otras indiscutiblemente falsa.

En los campos de la teología, de la Biblia y otros parecidos, hoy hay disponibles en nuestra lengua materiales excelentes, producidos por los mejores eruditos de todo el mundo. El problema es que muchos de ellos han sido escritos en otros contextos, y para una audiencia diferente, con el resultado que hay muchos libros buenos, pero de difícil lectura y más difícil aplicación. Y, al otro extremo, hay muchísimos libros de fácil lectura, ¡pero que es mejor no leer! Hay libros acerca de si vamos por el quinto sello o por la sexta trompeta; acerca de cómo Dios respondió a mis oraciones y conseguí un buen trabajo o me saqué la lotería; acerca de lo que la Biblia nos dice si multiplicamos el número de los apóstoles por el número de iglesias en el Apocalipsis, y a esto le sumamos el número de los profetas... Pero los libros de fácil lectura y buena teología son escasos, ¡y hay que rebuscarlos entre los montones de libros que prácticamente no se pueden leer y otros que sería mejor no leer! Para empeorar las cosas, las realidades del mercado son tales que esta última categoría de libros es la que más se produce y se vende en América Latina. Y, puesto que hasta donde podemos ver esta situación continuará en las próximas décadas, no basta con que los profesores y profesoras escojamos buenos libros para que lean nuestros estudiantes, sino que hay que proveerles con los instrumentos críticos para distinguir entre

el trigo y la cizaña. No basta con buscar un buen libro sobre Isaías y usarlo como libro de texto. También es necesario que, sobre la base de lo que les enseñamos, nuestros estudiantes aprendan a juzgar cualquier libro que caiga en sus manos, no solamente sobre Isaías, sino también sobre Jeremías o sobre cualquier otro tema.

Sobre todo esto volveremos más adelante. Lo menciono aquí solamente para mostrar la urgencia y dificultad del tema que abordamos. La crisis en la preparación ministerial es tal que no bastará con algún ajuste curricular, o con nuevos métodos administrativos, sino que nos será necesario examinar todo lo que hacemos con vista a cambios bastante más radicales.

En vista de todo esto, lo que me propongo es echar una breve mirada hacia el pasado de la preparación ministerial, para ver si hay algo en ese pasado que pueda servirnos de pauta para nuestra respuesta a los retos del presente. Y para mostrar además que buena parte de lo que hoy nos parece perfectamente natural y hasta necesario para la vida de la iglesia —por ejemplo, los seminarios mismos— no siempre lo fue, y que posiblemente haya otros modos de hacer las cosas. Es decir, que el conocimiento del pasado —o más bien, de los pasados— nos libra de la esclavitud al pasado inmediato, cuya continuación frecuentemente se nos presenta como la única alternativa posible.

Repetidamente he dicho en otros lugares que la historia no se escribe en realidad desde el pasado, sino desde el presente y desde el futuro que anhelamos o que tememos.¹ El pasado nos presenta tan grande variedad y multitud de datos, que es imposible prestarles igual atención a todos ellos. Quien estudia la historia lo hace inevitablemente desde su propia perspectiva, y las preguntas que les planteará a sus fuentes escritas o arqueológicas necesariamente reflejarán, no sólo el tema de que tratan esas fuentes, sino también las preocupaciones del historiador

¹ Uno de esos lugares es: *Mapas para la historia futura de la iglesia* (Buenos Aires: Kairos, 2001). Otro es: *La historia también tiene su historia* (Buenos Aires: Kairos, 2001). Estos dos libros, con algunas variantes, se han publicado en conjunto en inglés: *The Changing Shape of Church History* (Indianapolis: Chalice, 2002).

o historiadora. Si aquí nos interesa el pasado de la preparación ministerial, ello es porque nos interesan también, y sobre todo, su presente y su futuro.

Por otra parte, el único modo que tenemos para enfrentarnos al futuro es la experiencia del pasado. Si para venir a México compré un boleto de avión, ello se debió a que la experiencia pasada, tanto mía como de millares de otras personas, me dice que ese es el mejor medio para llegar a México. Y si al salir de mi casa para el aeropuerto doblé hacia la izquierda, ello se debió también a experiencias pasadas, tanto mías como de quienes hicieron los mapas que hoy nos ayudan para llegar de un lugar a otro. Sin tales mapas y tales experiencias pasadas acumuladas por generaciones anteriores, nunca sabríamos lo que está a la vuelta de la esquina. Sin pasado, no sabríamos cómo vivir en el presente. No sabríamos cómo ni cuándo sembrar el maíz, ni cómo cocinarlo, ni cómo sazonarlo.

Hoy es particularmente importante subrayar esto, puesto que la vertiginosa rapidez de los cambios tecnológicos nos hace mirar solamente hacia el futuro, como si allí se encontraran las soluciones para todos nuestros problemas y todas nuestras dudas. Pero lo cierto es que todos esos cambios no serían posibles sin una larga historia en la que alguien aprendió a sumar y restar, alguien inventó el cero, alguien estudió las posibilidades de los sistemas binarios, alguien los relacionó con las corrientes eléctricas, etc., etc. Esa mirada fija en el futuro nos lleva a pensar que el presente, y lo que pueda salir de él, son la única alternativa que tenemos, y a olvidar que diversos momentos en el pasado bien pueden ofrecernos maneras novedosas y valiosas de responder a los retos del presente y del futuro. Así, en el campo de la preparación ministerial, bien puede ser que en el curso de nuestro estudio descubramos que lo que pensamos ha sido siempre el modo de preparar líderes para la iglesia —los seminarios, institutos bíblicos y otras escuelas especializadas— no es sino creación relativamente reciente, y que en otros tiempos esa preparación tenía lugar de otros modos —modos que bien podrían señalar-nos hoy nuevas pautas en la tarea de la preparación ministerial y la educación teológica.

Y lo que se puede decir en el campo de la tecnología también se puede decir en el de la teología, aunque frecuentemente no nos percatemos de ello. Estoy convencido de que el mejor modo de estudiar teología es indagar acerca del desarrollo histórico de la teología misma; pero eso es harina de otro costal, y tema para otra ocasión. Baste señalar que hasta en el campo de la escatología, que por definición trata del futuro, tenemos que recordar siempre que nuestra esperanza se fundamenta en el hecho de que quien vendrá es quien ya vimos; que ese futuro se nos muestra glorioso porque hemos conocido el amor y la gracia de quien esperamos; que hay una conexión indisoluble entre la escatología y la cristología — ¡y entre la cristología y la creación!

En resumen, lo que nos proponemos entonces es explorar el pasado de la preparación ministerial, para ver si hay en ese pasado elementos que puedan servirnos de guía o de inspiración para la construcción del presente, con miras al futuro.

2

La iglesia antigua

En esa mirada hacia el pasado, tenemos que comenzar confesando que el Nuevo Testamento no nos ofrece muchos datos útiles. Ciertamente, los años del ministerio público de Jesús fueron años en que sus seguidores inmediatos se prepararon para el ministerio. Más adelante, cuando Pedro sugiere que se nombre alguien para llenar la vacante dejada por Judas (Hch 1.15-26) establece como uno de los requisitos que tal persona debe llenar el haber estado con Jesús sin interrupción desde los inicios de su ministerio. (Requisito, dicho sea de paso, que pocos de entre los once llenan.) Y luego echan suertes sobre quién ha de ser esa persona. ¡Lo cual no es un método que muchos recomendarían hoy! Más adelante la congregación de Jerusalén escoge a siete, pero no se nos dice qué preparación estos siete puedan haber tenido. Después Pablo escoge a Timoteo, quien ya ha recibido cierta preparación en casa de su madre y su abuela. En las Epístolas Pastorales se señalan características que los obispos y diáconos han de poseer; pero nada se nos dice acerca de su preparación.

Después del Nuevo Testamento, todavía es poco lo que se nos dice acerca de la preparación ministerial, pero sí podemos inferir bastante. Lo primero es que indudablemente para ser pastor u obispo era necesario saber leer. El culto dominical cristiano, que frecuentemente duraba varias horas, tenía dos partes: el servicio de la Palabra y el servicio de la mesa. Para presidir esta última parte, había que saber al menos algo acerca de la historia de Israel y de la obra de Dios en el evangelio, sobre todo por cuanto quien presidía dirigía la gran oración eucarística, en la que se daba gracias a Dios por todas sus bondades, no solamente en el presente, sino en toda la historia desde la creación misma. Pero para